

SEMANARIO DE SALAMANCA.

SABADO 27 DE ENERO DE 1798

Carta escrita á los Autores del Mercurio Peruano sobre los malos efectos de la venganza.

Muy Señores míos: Si la sociedad de Vms. es tan numerosa como lo hace creer la multiplicada variedad de asuntos que trata, puede que entre sus Individuos haya alguno que adolezca de la misma pasión que me tiranizó en otros tiempos, y á sido fatal á mi suerte, quiero decir la *venganza*. En este caso tendré un protector que se interese para que se dé á luz esta carta, como quiera que de ella podrán tomar lección mas de quatro jóvenes y ancianos: lección que no solo es de consejo, sino tambien de escarmiento.

Yo nací en un país feliz por su situación política y local. Mis padres y todos mis parientes por ambas líneas eran militares de primer rango. A la edad de cinco años pasé á otra region distante de la natalicia; pero de iguales proporciones y mas ilustrada. Después de haber pasado doce años parte en un colegio y parte en la tropa, logré un ascenso prodigioso; de modo que yo era el mas jóven de todo el ejército que empuñase baston, y mandase en Xefe á un Regimiento. Las distinciones del Soberano me acarreaban las de todos los conciudadanos siempre prontos á acariciar al que tiene fortuna. El tenor de mi vida era el mas alhagueño, y se puede decir que no tenia comparacion entre todos los que yo conocia. No habia tertulia, partida de campo, fiesta ó con-

vite en que no se me mirase con la primera atención. Los teatros y los bayles proporcionaban á cada paso un nuevo triunfo á mi ambicion ; mas de veinte oficiales subalternos míos me cedían el paso y la prelación á pesar de sus canas y de sus méritos. Estos oropeles , una fisonomía algo agradable , un tren brillante , la prodigalidad de los gastos que me permitían los crecidos proventos del empleo me habían hecho el ídolo del bello sexô. Muchas hermosuras se disputaban el dominio de mi corazón , y solo la bella *Zelmira* lo poseía todo entero. Su alma y la mia no tenían en lo humano otro centro que el del amor , y éste era tan intenso y afortunado que nos había constituido el objeto de la admiración y envidia de todo el público. Yo era rico , podía hacer bien á mis semejantes , y lo hacía : esto completaba mi felicidad.

En este estado dichoso y soberbio pasé dos años. ¡ Ah tiempo venturoso !... ¡ tu memoria me ha anticipado las penas del infierno !... ¡ tu no volverás jamás á pasar para mi consuelo ! Por esta exclamación que involuntariamente se me ha deslizado , conocerán Vms. que toda mi gloria fue de corta duración. Así es en efecto , y la causa fue una quisquilla ridícula de las que el mundo preocupado , fanático y torpe llama *puntos de honor*. Esta es su historia.

Una noche de la primavera acompañé á *Zelmira* desde el teatro á su casa. Nunca me había parecido tan amorosa , ni tan apreciable. Las pruebas que me dió de su honesto cariño me enagenaron en un abismo de dulzuras las más puras , inocentes y grandes que puede desear un joven amante. Nos separamos anegados recíprocamente en un mar de lágrimas que parecían hijas del alborozo ; pero fueron un vaticinio funesto de que aquella despedida debía ser la postrera. Retíreme á mi

casa, y en ella encontré á *Lignobio* mi confidente, y una porcion de compañeros que con instancia y turbacion me dixerón: *es preciso salir: el honor de Vm. pide una vindicacion.* Luego me contaron que *Filótimo* habia criticado las evoluciones que yo habia mandado á mi Regimiento aquella tarde. Añadieron á esta relacion una serie de circunstancias agravantes y tal vez falsas, ofreciéndome todos el sacrificio de sus vidas para mi venganza.

Hostigado por sus ponderaciones, por sus consejos tumultuarios, y por el fuego de mi juventud, salí como un furioso acompañado de todos ellos á buscar al detractor *Filótimo*. Lo encontré en el cuerpo de Guardia donde se hallaba de servicio. Allí mismo le intimé el duelo; nos entramos en un retrete; pusimos mano á la espada, y al segundo tiro tuve la funesta suerte de darle una estocada en el costado izquierdo y dexarle en el suelo por muerto. El silencio y la obscuridad de la noche favorecieron mi evasion del cuerpo de Guardia; pero fue indecible mi sorpresa quando ví que cada uno de los compañeros, de aquellos mismos que me habian precipitado con sus malos consejos, habian tomado tácitamente su camino, y me habian dexado solo. Lleno de la idea espantosa de mi delito, y horrorizado con la consideracion de las consecuencias, me puse á huir sin saber á donde. Al fin tomé el partido de ocultarme en el polistilo del Atrio magestuoso que tiene la Iglesia Metropolitana, cuyo asilo queria implorar luego que la abriesen. Dos horas me mantuve en este escondrijo con las manos y el rostro contra el suelo sin atreverme á levantar los ojos al Cielo.

¡Ah pobre de mí! (decia yo en el fondo de mi corazón) ¿que es lo que he hecho? por un capricho he ofendido á Dios, al Rey y á la Patria: he manchado mi

honor y hecho abominable mi memoria! Sentimientos de honor, de nobleza, de respetos humanos... ¿dónde estais que ya no os encuentro? ¿por qué no continuais estimulando mi ira y lisongeando mi soberbia con prometerle los aplausos de la opinion?... Lisongeros amigos, consocios, ¿adonde están vuestros consejos, vuestras promesas, vuestros socorros? ¡Ah! todo el prestigio de mis falsas ideas se ha desvanecido... todos habeis huido en vista de mi delito, y me habeis entregado á mi propio arrepentimiento!...

En estas lúgubres meditaciones hubiera continuado hasta la aparicion del dia, si no me hubiese despertado una voz conocida que profirió mi nombre. Un doméstico fiel noticioso de mi tragedia vino á buscarme, y logró dar conmigo. *Huya Vm.*, me dixo, *que no es defensa suficiente el santuario de la Religion, para quien ha violado el del Soberano.* Diciendo esto me presentó un caballo y se fue. Executé su consejo. En todo el resto de aquella noche, y en el discurso del dia siguiente hice unas diez y ocho leguas, y sali de los estados de mi Príncipe. Pródigo, abandonado y mísero erré dos años continuos, murando inútilmente de nombre y de climas. Al fin el destino me ha traído á esta hacienda *** en la que gano el pan cortando leña en el monte.

Un jóven militar educado con magnificencia, acosado por todos los regalos de la vida, fascinado por una pasión que le habia sido tan dulce, ¿que de amarguras y desesperaciones no probará en este género de vida tan duro y miserable? Distante de la Patria y de la adorable *Zelmira*, separado de los deudos y parientes, viviendo en un monte solitario, sin amor, sin consuelo, sin nutrimento, sin fuerzas, sin abrigo, sin salud... He aquí á lo que me ha conducido una venganza!

Los padecimientos de mi alma son mucho mayores que los de mi cuerpo. La sombra horrible de mi atentado me persigue en todas partes. El sueño que lisongea la fantasía de los mortales con ilusiones agradables, es para mí el mayor martirio: siempre me parece ver el espectro pálido y ensangrentado de Filótimo, que con severas y atroces miradas me enseña la herida mortal que le abrió mi furor, y me amenaza un fin igualmente desastrado. Aun en la soledad y espesura de este bosque, me figuro sin cesar que estoy cercado de enemigos. El movimiento de un páxaro, el susurro de las ramas agitadas por el viento, son para mí tan espantosos como la concusión de un terremoto. Paréceme que en qualquiera insecto, en qualquier cuadrúpedo he de encontrar un verdugo. Han pasado á mi pecho todos los terrores de Cain, las furias de Orestes, el frenesí de Herodes, y las agitaciones de Neron. La conciencia me consume sordamente con sus recuerdos, y me figuro sufrir en cada momento quanto sé que merezco.

Aun quando intento abandonarme en los brazos de la omnipotencia y misericordia del Supremo Criador, me sale al encuentro mi delito, y en cierto modo me lo impide. Santa y sagrada Religion del Evangelio (digo yo á veces) asilo de los infelices, ábreme el tesoro de tus divinas dulzuras... Inspira á mi espíritu algun consuelo... Admiteme baxo tu patrocinio... Pero el oráculo de la divinidad me responde con una voz horri-sona y tremenda á mis oidos: *No perdono á quien no perdona.*

A esta funestísima reflexión sucumbe mi pensamiento. En este abismo de penas conozco plenamente, sin poderlo explicar, toda la gravedad y malicia que encierra la pasión de la venganza. ¿Será preciso llegar á estos extremos para conocerla? Jóvenes fervorosos,

miraos en el espejo de mis desgracias, y agregad vuestras reflexiones al escarmiento terrible que os presentan los infortunios del pobre = C. P.

ELEGIA.

Rompa el mísero son de las entrañas
 Con el triste gemido de mi acento,
 El enlutado viento,
 Y en suspiros frecuentes
 Acompañe mis lágrimas dolientes.

Llore sobre las ruinas de un cadaver,
 Que edificio se vió donde vivia
 Un alma que fue mia,
 El estrago espantoso
 Del prodigio mayor, y mas hermoso.

No cese de llorar eternamente
 La pérdida fatal é irremediable
 De un corazon amable,
 Y de un alma tan pura,
 Que añadió tanto timbre á su hermosura.

Publique mi dolor de polo á polo
 La pena desmedida y el despecho
 Que de mi triste pecho
 Con ímpetu rabioso
 Me arrebató la dicha y el reposo.

Fixos los ojos en la tierra dura,
 La megilla en la mano reclinada
 De lágrimas regada,
 Contemplando mi pena,
 Humedezco la seca y tosca arena.

Del crecido dolor arrebatado,
 Extendiendo los brazos mito al Cielo,
 Piso confuso el suelo,

Despedazo el vestido,
 Y muevo á compasion con mi gemido,
 Las lágrimas vecinas á los labios
 Corren hasta los senos de la boca,
 Y el dolor que provoca
 Mi triste y dura estrella,
 Vuelve á beber el corazon por ella.
 Aquellos ojos donde hallé consuelo
 Yacen enjutos, tristes y cerrados,
 Oscuros y empañados,
 Y en lo que fue alegria,
 Hoy encuentro el dolor del alma mia.
 Llamo á mi bien, y ya no me responde,
 Escucho con silencio atentamente,
 Discurro diligente,
 Lloro, suspiro, callo,
 Busco el alivio, pero no le hallo.
 Con el dedo en el labio, pido á todos
 La suspension atenta y el recato;
 Pero mas me arrebató
 Al ver que de su boca ya cerrada
 Ni sale aliento, ni se escucha nada.
 El claro resplandor que de sus ojos
 Al cristalino sol hizo la salva,
 Y envidia fue del alva,
 Ya para mí quebranto
 Cubre la triste noche con su manto.
 Aquellas dos estrellas peregrinas,
 Que tan crecidas dichas me influyeron,
 Ya desaparecieron,
 Ya me las ha ocultado
 De la muerte el sacrilego nublado.
 En cristalinas lágrimas bañada,
 La vista melancolica y sentida,

A las flores convida
 A que lloren con ella
 La vecindad perdida de su huella.

Ya huiré de los sitios deliciosos
 Donde alegre gozé tiernos amores,
 Entre los apacibles Ruisenores,
 Y solo llegarán á mis oídos
 Los ayes de los Buhos doloridos.

No haré mullido asiento de las flores,
 Solo entre las malezas de los prados
 Esparciré lamentos alternados,
 Y el lecho texerán para mi sueño
 La nociva Cycuta y el Beleño.

Ya faltó para siempre de mi oído
 Aquel gracioso tono y dulce acento,
 Que con tanto contento
 En apacible calma
 Recreaba los senos de mi alma.

Vista ya eterno luto para siempre
 Este mi triste cuerpo miserable,
 Y al son desagradable
 Del mísero lamento
 Vaya siempre el dolor en mas aumento. = S.

Salamanca, en la Imprenta de la calle del Prior.

CON PRIVILEGIO REAL.